



— ¡Mi Lord, Lord Escalante...!

Apenas había doblado la esquina del pasillo dividido, el grito de una dama noble resonó sobre su cabeza. Instintivamente, se detuvo en seco, y entonces oyó el sonido de pasos rápidos que se acercaban, acompañados de una voz repentina.

—Disculpe, ¿sería tan amable de ayudarnos? La Condesa repentinamente se queja de un fuerte mareo y no sabemos qué hacer. Aquí solo hay frágiles damas...

Antes de que pudiera encontrar más excusas, Cárcel ya se había vuelto a poner los guantes que se había quitado a medias. Una mirada de cansancio se dibujó brevemente en su rostro fatigado, pero eso fue todo.

Cuando finalmente se volvió hacia la noble, era el rostro de un joven noble brusco pero amable.

—...

La mujer que se acercó pareció

quedarse sin palabras, con el alma paralizada mientras le miraba a la cara. Con solo mirarlo, sus ojos se llenaron instantáneamente de éxtasis. Al igual que le ocurría a cualquier mujer de la corte de Ortega o a cualquier sodomita bien saciado.

Lo primero era un poco agotador, lo segundo totalmente nauseabundo, pero la causa era la misma. Era excesivamente guapo.

Y ser el hijo de la familia más prestigiosa de Ortega, vivir como el hombre más guapo de Mendoza, siempre era...

—¿Mi Lady?

A veces, era tan perfecto que dejaba a uno sin palabras. Si algún día pudiera arrancarles los ojos voyeuristas a esos viejos sodomitas, sería lo mejor que podría pasar, cien veces mejor.

Tenía una sonrisa recta sobre su expresión algo brusca, típica de un oficial naval. La línea firme de sus labios, que daba una sensación casi

estoica en contraste con su deslumbrante cabello rubio, se suavizó en un momento. El rostro de la mujer se quedó completamente en blanco, pero de repente volvió a la realidad como si recordara su deber y apartó la cabeza bruscamente.

—¡Ah, claro! Estaba esperando a que pasara un caballero que pudiera ayudarme, pero después de esperar bastante tiempo, no apareció nadie. En un momento tan crítico, ¡qué suerte que apareciera Lord Escalante...!

Los ojos de Cárcel se desviaron de la noble que estaba justo delante de él hacia otra noble que se apoyaba contra la pared, jadeando. El rostro no le resultaba del todo desconocido, pero tenía cierta familiaridad.

Las dos mujeres que estaban a su lado de repente comenzaron a agitarse como si quisieran presumir. Se frotaban las manos, se abanicaban... *¿Puede respirar? ¿Puede*

*caminar recta?* Preguntas claramente destinadas a que las oyera. Preguntas que parecían bastante fuera de lugar en ese momento.

Si realmente se tratara de una emergencia, alguien habría llevado rápidamente a la noble condesa al salón de banquetes, a solo dos minutos de distancia. Pero, dado que nadie lo había hecho...

—... En efecto, parece bastante angustiada.

A decir verdad, no estaba angustiada en absoluto. Desde el principio, lo que esperaban no era que algún caballero amable llevara a la pobre mujer a un carruaje o a su habitación.

Cada vez que se celebraba un banquete en la corte, todo estaba calculado: dónde se escabulliría Cárcel del salón de banquetes, qué ruta tomaría.

Porque era solo a Cárcel a quien habían estado esperando.

Cárcel asintió con la cabeza

cortésmente y se dirigió hacia la Condesa, que ahora comenzaba a deslizarse por la pared. Recordó que su marido, el Conde Portillo, había fallecido hacía un año, por estas mismas fechas.

Una joven viuda de espíritu libre: la compañera perfecta para un encuentro desenfadado.

—¿Puede levantarse por su cuenta?

Sin embargo, era mejor no ser el primero en tender la mano, sin importar quién fuera. Cárcel se detuvo ante ella y le preguntó educadamente, con la debida cortesía. El rostro de la Condesa, deliberadamente pálido por el maquillaje, se sonrojó ligeramente.

—Me temo que no...

—En ese caso, ¿le importaría si sostengo su brazo un momento?

Aunque él le había pedido el brazo, el flexible cuerpo de la Condesa se entregó voluntariamente a su abrazo. Una táctica bastante

tediosa, pero el baile se estaba volviendo cada vez más aburrido, así que era aceptable.

No había razón para rechazar un regalo que le llegaba por sí solo.

—¿Le acompaño al carruaje?

Mientras la bajaba con suavidad y la sostenía mientras le preguntaba, la Condesa puso los ojos en blanco como si estuviera preocupada. Ya fuera por amistad o por lealtad, la mujer que había sido la más diligente en fingir cuidar de la Condesa respondió en su lugar.

—Solo es un simple mareo. Un momento de descanso en un lugar tranquilo debería bastar para que se recupere... La residencia del Conde Portillo se encuentra a las afueras de Mendoza. Incluso si saliera inmediatamente del Palacio Imperial llevaría bastante tiempo. Por no hablar del trayecto desde aquí hasta el carruaje...

—Entonces sería mejor trasladarla al tercer piso.

Cárcel interrumpió a la mujer, ahorrándole la molestia de una larga explicación. Al sur del palacio, había espacios dispersos aquí y allá donde los nobles que disfrutaban del banquete podían descansar o tumbarse.

Más exactamente, eran lugares donde hombres como él o damas como esta Condesa podían escabullirse. Levantó a la Condesa en brazos. Las mujeres que se habían mostrado tan preocupadas por la Condesa hicieron lo mismo, como si fuera natural que ninguna la siguiera. Si alguna hubiera sido un poco más inteligente, al menos habría fingido seguirla hasta la escalera.

Quizás era porque su marido había muerto y ella acababa de saborear la libertad. Aunque la seguía considerando bastante ingenua, no vio necesidad de darle ningún consejo. No había necesidad de contarle a una mujer lo mucho

que él mismo se había revolcado en el barro.

Sería bastante ridículo que alguien que se había revolcado en el barro diera lecciones de precaución a los demás. El lugar al que se dirigía Cárcel era un lugar por el que nadie pasaría de todos modos. Cuando el sonido de los pasos se desvaneció, la condesa en sus brazos habló con cautela.

—... Le he causado problemas, pero no sé cómo podría pagarle por esto.

—Ayudar a los débiles es algo natural para un soldado de Ortega. No pretendo pedir nada a cambio.

Lejos de ser débil, era una mujer que esparcía migajas de dinero y poder, tratando a sus compañeros nobles como sirvientes. Sin embargo, al verla luchar por recuperar el aliento, parecía totalmente digna de lástima.

La Condesa Portillo miró a Cárcel con los ojos llenos de emoción, como

si realmente fuera una víctima indefensa en una situación desesperada.

—Pensar que una persona tan excepcional protege el dominio de Ortega... me conmueve profundamente.

El poder del uniforme era asombroso. Aunque su objetivo mutuo había sido simplemente un capricho de una noche, incluso un comentario casual parecía ahora impregnado de sincera sinceridad.

Cárcel Escalante de Esposa. Ese nombre largo y honorable y ese aspecto impecable. Vestido con el uniforme blanco de la marina, era una obra maestra creada por una deidad decidida a hacer babear a cualquiera. No era de extrañar que mujeres nobles perfectamente cuerdas —o, lo que era aún más desagradable, incluso hombres— a veces perdieran el sentido y se le echaran encima.

Como alguien había dicho una

vez, si no hubiera sido por la gran familia Escalante, lo habrían apuñalado hasta la muerte hacía mucho tiempo.

—Se enlistó para continuar con la devoción de su abuelo, quien dedicó toda su vida a proteger a Ortega. Para seguir el honorable camino recorrido por generaciones de su familia... Aun así, debo confesar que al principio me dejó realmente asombrada. Es el heredero de Escalante, por el amor de Dios, y el mar de Nuñera sigue siendo un lugar peligroso donde aún se producen con frecuencia escaramuzas y batallas a gran escala. Aunque su abuelo, el gran Almirante Calderón, obtuvo una gran victoria sobre los talanos en la batalla de Nuñera, lo que trajo una breve paz, los piratas talanos siguen campando a sus anchas con cada cambio de marea...

Las huellas de su diligente estudio eran evidentes. Encantada

con el uniforme, se olvidó de su enfermizo rostro maquillado y soltó lo que había memorizado.

—Como Grande de Ortega, me enseñaron que los honrosos derechos otorgados por la Familia Imperial conllevan un deber equivalente.

—En efecto.

—Mi abuelo siempre decía: “Ocupar la posición más honorable, conlleva a asumir la mayor responsabilidad”.

Cárcel recitó las pulidas palabras con la misma mecánica que las máquinas hiladoras de la fábrica textil. La Condesa parecía emocionada por su impecable comportamiento, y respiraba entrecortadamente.

Y justo cuando pensó: “Esto se está volviendo un poco peligroso”, ella prácticamente saltó de la plataforma y se abalanzó sobre él.

—Condesa, aquí...

—Por favor, en cualquier sitio está bien.

—Al menos, entremos en la habitación.

Con cada pausa, los labios de la Condesa se presionaban contra los suyos. Él esquivaba su rostro de un lado a otro, tratando de empujarla hacia la puerta cercana, pero ella ya había olvidado que era, al menos falsamente, una convaleciente.

—No quiero. La habitación está demasiado oscura...

—¿Qué importa si está oscura?

—Uniforme, quiero ver más su uniforme...

No era de extrañar que hubiera estado lamiendo las charreteras y las solapas de esa manera: una fetichista de los uniformes. Cárcel tragó saliva mientras miraba el vestido que ella misma se había desabrochado a medias.

¿Por qué todas se volvían así de locas cada vez que lo veían? Un autorreproche rayano en el egocentrismo lo hizo dudar por un momento, pero fue fugaz.

Porque los pechos apenas ocultos, bañados por la tenue luz, se balanceaban seductoramente.

Grandes de Ortega. El único heredero de la Familia de Escalante, una de las diecisiete familias nobles honradas con un título de la Corte Imperial de Ortega, era tan llamativamente guapo que cualquiera perdería el sentido al ver su rostro, a pesar de su formidable origen. Era como si Dios le hubiera concedido el derecho a vivir imprudentemente toda la vida.

Y su firme convicción siempre había sido que no había necesidad de rechazar laboriosamente un regalo que llegaba por sí solo. Ya fuera el caparazón de una belleza divina e inigualable, el afecto de las mujeres, las miradas de admiración de hombres y mujeres, jóvenes y viejos por igual, o una mujer hermosa que se quitaba la ropa en medio de un pasillo, declarando: “Vamos a intentarlo...”

A pesar de su carácter naturalmente taciturno y brusco, había sido un joven imprudente desde el principio. De los quince a los diecisiete años, cuando era cadete con su uniforme de la academia militar, a donde iba, multitudes de admiradoras lo acosaban. A los veinte, cuando se alistó en la marina, había conocido a mujeres más maduras, más adultas y menos propensas a causar problemas.

Y ahora, a los veintitrés, estaba en la flor de la vida.

Cárcel la tomó en sus brazos, la hizo girar y la inmovilizó contra la pared. La técnica de la mujer era increíblemente torpe, ya que se precipitó a besarlo, pero su pasión, sin tener en cuenta el lugar, era encomiable .

Por lo tanto, era necesario darle una recompensa adecuada. Su otro principio era no hacer nunca cosas peligrosas en lugares peligrosos, pero...

—Bueno, una vez no hará daño.

Mientras él le agarraba el pecho y dejaba que sus labios recorrieran suavemente el escote de ella, la expresión de la Condesa se contorsionó con éxtasis. Mientras ella se subía descuidadamente el dobladillo del vestido hasta la cintura, las exigentes manos de él abrochaba meticulosamente de nuevo el cuello para que no se saliera ni un solo hilo del uniforme.

Si también se apresuraba a desvestirse, solo sería una molestia volver a vestirme mil veces. Así que fue bastante afortunado. No se había alistado para esto, pero los placeres incidentales que conllevaba siempre eran bienvenidos.

Cárcel escuchaba mientras la Condesa retorció su cuerpo y decía trivialidades, dejando que le entrara por un oído y le saliera por el otro, centrándose en cambio en su figura. Sus respuestas eran esporádicas, unas pocas palabras cada vez. Apenas las

recordaba.

Entonces, tras varios intercambios, se dio cuenta tardíamente de que el mismo tema se repetía en su discurso.

Las palabras que fluían de la voz de la Condesa y un pensamiento que había pasado brevemente por su mente... No era por eso por lo que se había alistado...

...*Entonces, ¿por qué me alisté?* En el momento en que se hizo esta pregunta distraídamente, un rostro apareció en su mente.

—... Así que, para su prometida, mmm, usted, es una pena... Esa mujer es demasiado corriente. Por supuesto, su origen familiar es impecable. Al fin y al cabo, es la hija de la familia Valeztena.

—...

*Inés Valeztena. Solo pensar en su rostro sofocante y estirado. Cárcel frunció el ceño y sus rasgos cincelados se oscurecieron. Para ser solo una imagen mental, resultaba*

incómodamente vívida. Su deseo se desvaneció al instante.

—Si su rostro no es especialmente bonito, al menos sus acciones podrían serlo, hmph, o si tuviera un carácter suave y gentil...

Ni siquiera los chismes eran agradables. Cárcel se quedó mirando la pared durante un momento y luego, irritado, giró la cabeza, evitando exquisitamente los labios de la Condesa. Fue en ese instante, cuando su mirada se desvió naturalmente hacia un lado.

—...Con un prometido tan perfecto como usted a su lado, ¿cómo puede lucir tan rígida y aburrida? Como si fuera una monja o algo así...

Inés Valeztena los observaba.

Con su característica expresión rígida y aburrida, parecida a la de una monja en una capilla.

Después de diecisiete años de compromiso, era la primera vez que lo pillaban.